

LA LUNA SE HA PUESTO

JOHN STEINBECK

LA LUNA  
SE HA PUESTO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Moon is Down*

Traducción de Pedro Lecuona

Diseño de la cubierta: Edhasa  
Diseño de la colección: Jordi Salvany  
Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición en pocket Edhasa: enero 1970

Segunda edición (revisada): mayo 2019

© John Steinbeck, 1942

© Renewed Elaine Steinbeck, Thom Steinbeck and John Steibeck IV, 1970

© de la presente edición: Edhasa, 1970, 2019

Diputación, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2187-6

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 28978-2018

Impreso en España

A Pat Covici, gran editor y gran amigo

## CAPÍTULO I

Hacia las once menos cuarto todo había terminado. El pueblo estaba ocupado, los defensores habían sido derrotados, la guerra había concluido. El invasor había preparado aquella campaña con el mismo cuidado que otras más importantes. El domingo por la mañana, el cartero y el vigilante habían salido a pescar en el bote de vela que el popular comerciante Corell les había prestado para todo el día, y estaban ya varias millas mar adentro cuando vieron que pasaba en silencio un pequeño y oscuro transporte cargado de soldados. Como el asunto les concernía, decidieron enterarse de lo que sucedía, pero cuando llegaron al puerto los soldados se habían apoderado de él. Ni siquiera pudieron llegar a las oficinas de la Municipalidad y, cuando insistieron en sus derechos, los apresaron y los encerraron en la cárcel.

También las fuerzas locales —doce hombres— estaban fuera del pueblo aquella mañana de domingo,

pues el popular comerciante Corell les había proporcionado el almuerzo, blancos, cartuchos y premios para un concurso de tiro que se celebraba a seis millas de distancia en una encantadora pradera de su propiedad. Las fuerzas locales, compuestas de fuertes muchachotes, oyeron el ruido de los aviones, vieron a lo lejos los paracaídas y apretaron el paso para volver al pueblo. Cuando llegaron, el invasor había enfilado las ametralladoras en la carretera. Los chicarrones, con poca experiencia de guerra y ninguna de la derrota, abrieron entonces fuego con sus fusiles. Tabletearon un momento las ametralladoras, y seis de ellos se convirtieron en seis bultos muertos, acribillados a balazos; otros tres quedaron moribundos y los tres restantes huyeron al monte con sus fusiles.

A las diez y media, la banda de música de los invasores tocaba una hermosa pieza sentimental en la plaza del pueblo ante los vecinos, que, boquiabiertos y con ojos asombrados, la escuchaban y miraban a los soldados de casco gris y fusil-ametralladora al brazo. A las diez y treinta y ocho minutos se enterraba a los muertos, quedaban plegados los paracaídas y el batallón se alojaba en el almacén que Corell tenía en el dique, donde había mantas y cates para todo un batallón.

A las once menos cuarto, el intendente Orden había recibido la petición oficial de una audiencia con el coronel Lanser, líder de los invasores, fijada para las once en el palacio —cinco habitaciones— de la municipalidad.

El salón de la municipalidad era muy agradable y acogedor. Las doradas sillas de gastado tapiz, dispuestas rígidamente, parecían criados que no tuvieran nada que hacer. Al lado de la chimenea de mármol, donde ardía el rescoldo de un fuego sin llamas, había una carbonera adornada con pinturas. Dos ventrudos jarrones flanqueaban en la repisa a un gran reloj de porcelana en el que abundaban rollizos querubines. El papel de las paredes era de color rojo oscuro, con figuras doradas; el friso de madera, blanco y bonito, estaba muy limpio. Los cuadros reflejaban principalmente el asombroso heroísmo de unos perrazos que acudían en auxilio de unos niños en peligro. Ni el agua, ni el fuego, ni los terremotos podían hacer nada a un niño mientras hubiera perros como aquéllos.

Sentado al lado del fuego, el viejo doctor Winter, hombre barbudo, sencillo y con cara de bueno, historiador y médico del pueblo, tenía en los ojos una expresión de asombro mientras, cruzadas las manos sobre las piernas, sus pulgares giraban uno

en torno al otro. Tan sencillo que sólo un hombre profundo podía adivinar que era profundo, miró de pronto a Joseph, el criado del intendente, para saber si había observado los asombrosos giros de sus pulgares, y le preguntó:

—¿Es a las once?

Joseph contestó, abstraído:

—Sí, señor. La nota decía que a las once.

—¿La ha leído usted?

—No, señor. Me la ha leído su excelencia.

Y se puso a revisar las sillas para ver si se habían movido desde la última vez que las había puesto en su sitio. Habitualmente gruñía a los muebles, pues esperaba que se mostraran impertinentes, o pícaros, o que tuvieran polvo. En el mundo en el que el intendente era el líder de los hombres, Joseph era el jefe del moblaje, de los cubiertos de plata y de la vajilla. Hombre de cierta edad, enjuto y serio, su vida era tan complicada que sólo un hombre profundo hubiera comprendido que era un hombre sencillo. En el giro de los pulgares del doctor Winter no veía nada asombroso; lo que le producía era irritación. Sospechaba que algo importante pasaba en el pueblo cuando habían llegado tropas extranjeras y los soldados locales habían muerto o caído prisioneros. Tarde o temprano necesitaría una opi-



nión clara sobre la cosa. No quería que lo trataran con frivolidad, ni que los pulgares del médico giraran, ni esperaba tonterías de los muebles. El doctor Winter movió la silla unas pulgadas desde el sitio de ritual y Joseph esperó con impaciencia a que llegara el momento en que podría volver a ponerla en su sitio.

—Entonces, a las once estarán aquí. Es gente puntual —constató el médico.

—Sí, señor —replicó Joseph sin escucharlo.

—Es gente puntual.

—Sí, señor.

—Parecen máquinas.

—Sí, señor.

—Corren hacia su destino como si no les estuviera esperando. Empujan al mundo para que gire más deprisa.

—Así es —contestó Joseph, simplemente porque se iba cansando de decir: «Sí, señor».

A Joseph no le gustaba aquella clase de conversación, porque no le ayudaba a formarse opiniones sobre nada. No tendría sentido que después dijera a la cocinera: «Es gente puntual, Annie»; pues Annie le preguntaría: «¿Qué gente?» y «¿Por qué?», y acabaría diciéndole: «No diga usted tonterías, Joseph». Joseph había intentado en otras ocasiones

contar abajo las cosas que decía el médico, y siempre había ocurrido lo mismo: a Annie le parecían tonterías.

El médico alzó la vista, fija hasta entonces en los pulgares, y observó la disciplina que Joseph imponía a las sillas.

—¿Qué hace el intendente?

—Está vistiéndose para recibir al coronel.

—¿Y no le ayuda usted? Si se viste solo, se va a vestir mal.

—Lo está ayudando Madame. Quiere que tenga la mejor prestancia posible. Le está —y Joseph se ruborizó un poco— arrancando los pelos de las orejas. Como eso hace cosquillas, no me deja que se los arranque yo.

—Claro que hace cosquillas —contestó el doctor Winter.

—Madame insiste en arrancárselos.

El doctor Winter se echó a reír, se levantó y alargó las manos hacia el fuego. Joseph se abalanzó hábilmente para colocar la silla donde debía estar.

—Somos admirables —exclamó el médico—. El país se hunde, han conquistado el pueblo, el intendente se dispone a recibir al conquistador y Madame le sujeta del cuello para poder dominar su forcejeo y arrancarle los pelos de las orejas.

—Se estaba abandonando mucho —replicó Joseph—. También a sus cejas les hace falta. A su excelencia le molesta aún más que le arranquen las cerdas de las cejas que los pelos de las orejas. Dice que el arrancar cerdas de las cejas hace daño. No sé si Madame conseguirá arrancárselas.

—Lo intentará.

—Quiere que tenga la mejor prestancia posible.

Por el cristal de la puerta se vio una cara y un casco.

Se oyó una llamada y se hubiera dicho que en el salón se había apagado una cálida luz y que todo se tornaba gris.

El doctor Winter miró el reloj y dijo a Joseph:

—Llegan antes de la hora. Que pasen.

Joseph se acercó a la puerta y la abrió. Un soldado —capote largo, casco y fusil—ametralladora al brazo—entró, dirigió una rápida mirada a derecha e izquierda y dejó paso. En el umbral apareció un oficial en cuyo sencillo uniforme no se adivinaba la gradación si no fuera por las hombreras. Parecía el retrato —exagerado— de un *gentleman* inglés. Un poco cargado de hombros, nariz larga y cara roja larga, pero simpática, vestido de uniforme tenía el aire desdichado que suelen tener la mayoría de los oficiales ingleses; plantado en el umbral, miró fijamente al doctor Winter.

—¿Es usted el intendente al mando?

El médico sonrió:

—No, no soy el intendente.

—¿Es usted funcionario de la Municipalidad?

—No. Soy el médico del pueblo y amigo del intendente.

—¿Dónde está el intendente?

—Vistiéndose para recibirlos. ¿Es usted el coronel?

—No, soy el capitán Bentick. —Y al decirlo inclinó la cabeza para saludar al médico, quien le devolvió ligeramente el saludo. Después el capitán añadió un tanto turbado por lo que tenía que decir—: Nuestras ordenanzas prescriben que antes de que el jefe entre en una habitación debemos comprobar si hay armas. No se trata de faltar al respeto, señor doctor. —Y por encima del hombro gritó—: ¡Sargento!

El sargento se acercó rápidamente a Joseph y le palpó los bolsillos:

—No tiene nada, mi capitán.

El capitán se dirigió al médico:

—Espero que sabrá disculparlo.

El sargento se acercó al médico, le palpó también los bolsillos, y sus manos se detuvieron en el interior de la chaqueta, de donde rápidamente extrajo un aplastado estuche de cuero que entregó al capitán. El capitán lo abrió, vio que contenía unos

sencillos instrumentos quirúrgicos —dos escalpelos, unas agujas de suturar, unas pinzas y una aguja hipodérmica—, volvió a cerrarlo y se lo devolvió al médico.

El doctor Winter explicó:

—Soy médico de pueblo y una vez tuve que hacer una apendicectomía con un cuchillo de cocina. Desde entonces llevó siempre esas cosas encima.

El capitán abrió un estuchito de cuero de su bolsillo y replicó:

—Creo que éste contiene armas de fuego.

—¡Qué bien hacen ustedes las cosas!

—Sí. El hombre que teníamos aquí ha trabajado largo tiempo.

—Supongo que no querrá usted decirme de quién se trata —exclamó el médico.

—Como ya ha terminado su labor, no creo que haya ningún inconveniente. Se apellida Corell.

El médico hizo un gesto de asombro:

—¿George Corell? ¡No puede ser! Ha hecho mucho por el pueblo; ha concedido hasta premios para el concurso de tiro que se iba a celebrar en las afueras. —Y sus ojos empezaron a iluminarse al darse cuenta de lo que había sucedido, y su boca se cerró lentamente mientras decía—: Ahora lo comprendo; por eso organizó el concurso de tiro. Sí, sí, ya lo

comprendo. Pero así y todo parece imposible que pueda ser George Corell.

Se abrió la puerta del otro lado y apareció el intendente, escarbándose el oído derecho con el meñique. Vestía de chaqué y ostentaba el collar del cargo, y tenía un bigotazo blanco que caía como una ducha y dos bigotes más pequeños, uno sobre cada ojo. Se había cepillado la cabeza, pero el pelo empezaba a esforzarse por recobrar su libertad y enderezarse. Llevaba tanto tiempo siendo intendente que personificaba la idea «Intendente». Hasta las personas mayores le veían en la imaginación cuando veían impresa o escrita la palabra «Intendente».

Su cargo y él eran una sola cosa. El cargo le había dado dignidad, y él había infundido calor al cargo.

Detrás del intendente apareció Madame, mujer pequeña, arrugada y decidida. Madame entendía que era ella quien, de una pieza de paño, había creado a aquel hombre; que era ella quien lo había inventado, y estaba segura de que si tuviera que hacerlo de nuevo le saldría mejor. Sólo una o dos veces lo había comprendido totalmente en la vida, pero la parte de él que conocía la conocía al detalle y bien. No se le escapaban jamás su falta de apetito ni ningún dolor que pudiera sentir, sus descuidos ni sus mezquindades; pero ninguno de sus

pensamientos, sueños ni nostalgias le había llegado nunca, a pesar de que varias veces había contemplado las estrellas.

En aquella ocasión se adelantó un poco y, como si le hubiera sacado de la boca el dedo a un niño que estuviera chupándoselo, lo agarró de la mano para sacarle el meñique de la oreja, le puso la mano en el costado, donde debía tenerla, y le dijo:

—Nunca me he creído que haga tanto daño como dices. —Y dirigiéndose al médico, añadió—: No me deja que le arregle las cejas.

—Hace daño —replicó el intendente.

—Muy bien. Si quieres tener la facha que tienes, no es mi culpa —repuso Madame, quien se dirigió otra vez al médico—: Me alegro de que esté usted aquí, doctor. —Después alzó la vista y miró al capitán Bentick—: Ah, el coronel.

—No, señora; estoy preparando la llegada del coronel —contestó el capitán—. ¡Sargento!

El sargento, que había estado dando la vuelta a los cojines y mirando detrás de los cuadros, se acercó al intendente y le palpó los bolsillos.

—Perdone usted, señor intendente. Lo mandan las ordenanzas —dijo el capitán.

Después dirigió la mirada a una libretita que tenía en la mano.

—Excelencia: creo que tiene usted dos armas de fuego.

—¿Armas de fuego? —replicó el intendente—. Supongo que se refiere usted a las escopetas. Sí, tengo una escopeta y un fusil de caza. —Y añadió en un tono un poco quejumbroso—: Ya no salgo mucho a cazar. Siempre tengo la intención de salir, pero cuando empieza la temporada no salgo. Ya no me gusta tanto como antes.

El capitán Bentick insistió:

—¿Dónde están las armas, excelencia?

El intendente se frotó una mejilla e intentó recordar:

—Creo que... —Y se volvió hacia Madame—. ¿No estaban en el fondo del armario del dormitorio, junto a los bastones?

—Sí, y por esto todos los trajes apestan a aceite. Ya podías guardarlas en otro sitio —contestó Madame.

A la voz de «¡Sargento!» dada por el oficial, el subordinado entró en el dormitorio. El capitán Bentick exclamó:

—Es un deber desagradable. Perdonen ustedes.

El sargento volvió trayendo una escopeta de dos cañones y un buen rifle de caza, y los dejó al lado de la puerta de entrada.



—Eso es todo. Gracias, excelencia; gracias, Madame —dijo el capitán y, volviéndose hacia el médico, añadió—: Gracias, doctor. El coronel Lanser vendrá enseguida. Buenos días.

Y salió seguido por el sargento, que llevaba la escopeta y el rifle en una mano y el fusil-ametralladora en el brazo derecho.

—Por un momento había creído que era el coronel. Es bastante buen mozo —dijo Madame.

El médico comentó irónicamente:

—Ha venido para proteger al coronel.

Madame estaba pensando: «¿Cuántos oficiales vendrán?», pero cuando miró a Joseph y vio que estaba escuchando desvergonzadamente, meneó la cabeza y frunció el ceño. Joseph volvió a sus pequeños quehaceres y continuó quitando el polvo.

—¿Cuántos cree usted que vendrán? —preguntó Madame al médico.

El médico movió con ruido escandaloso una silla y se sentó.

—No sé.

—Hemos estado hablando de qué es lo que les podríamos ofrecer, si una taza de té o una copa de vino. Para ofrecerles algo, necesito saber cuántos van a ser; y si no les ofrecemos nada, ¿qué vamos a hacer?

El médico meneó la cabeza y sonrió.

—No sé. Hace tanto tiempo que no conquistamos nada o que no nos han conquistado que no sé lo que se debe hacer.

El intendente se había vuelto a llevar un dedo a la oreja:

—Me parece que no debemos ofrecerles nada. Creo que al pueblo no le gustaría. No sé por qué, no quiero beber con ellos.

Madame llamó al médico:

—¿No solía la gente en otros tiempos (quiero decir, los jefes) dirigirse cumplidos mutuos y tomar una copa de vino?

El médico asintió: «Sí, sí», meneó lentamente la cabeza y contestó:

—Es posible que entonces fuera distinto. Los reyes y los príncipes jugaban a la guerra como los ingleses juegan a la caza. Cuando el zorro moría, se reunían a desayunar. Pero el intendente probablemente tiene razón: al pueblo no le gustaría que brindáramos con el invasor.

—Annie me ha dicho que el pueblo está escuchando la música y, si ellos pueden hacer eso, ¿por qué no hemos de portarnos nosotros como personas civilizadas? —contestó Madame.

El intendente la miró fijamente un instante y habló en tono duro:

—Con tu permiso, creo que no se va a beber nada. La gente está perpleja. Han vivido en paz tanto tiempo que no acaban de creer en la guerra. Cuando crean, se les pasará la perplejidad. A mí me eligieron para que no me quede perplejo. Esta mañana han muerto seis chicos del pueblo, y no nos vamos a reunir en un desayuno de caza. La gente no va a la guerra por deporte.

Madame bajó un poco la cabeza. En algunas ocasiones a lo largo de la vida, su marido había sabido ser intendente, y ella había aprendido a no confundir al intendente con el marido.

El intendente miró el reloj y, cuando apareció Joseph con una taza de café, la tomó distraídamente, dio las gracias y bebió un sorbo.

—Quiero que se me comprenda claramente —dijo al médico en tono de disculpa—. En buena... ¿Cuántos crees tú que son los invasores?

—No muchos —contestó el médico—. No creo que pasen de doscientos cincuenta, pero cada uno lleva su pequeña ametralladora.

El intendente tomó otro sorbo de café e hizo otra pregunta:

—¿Qué ocurre en el resto del país?

El médico se encogió de hombros.

—¿No ha habido resistencia en ninguna parte?  
—prosiguió el intendente, desalentado.

El médico se volvió a encoger de hombros:

—No sé. Se han apoderado de las líneas telegráficas o las han cortado. No hay noticias.

—¿Y nuestros chicos, nuestras tropas?

—No sé.

—He oído que... Annie ha oído que... —interrumpió Joseph.

—¿Qué sabe usted?

—Han muerto tres chicos. Annie ha oído que otros tres han quedado heridos y caído prisioneros —contestó Joseph.

—Eran doce.

—Annie me ha dicho que tres han huido.

—¿Quiénes son los que han huido? —preguntó el intendente, volviéndose bruscamente.

—No sé. Annie eso no lo ha oído.

Madame, que estaba inspeccionando una mesa para ver si tenía polvo, exclamó:

—Quédese usted cerca del timbre cuando vengan. Es posible que necesitemos algo. Póngase la otra chaqueta, la de los botones. —Y después de pensar un momento, añadió—: Y cuando termine de hacer lo que se le diga, salga del salón. Da mala impresión verle escuchando; queda provinciano.

—Sí, señora —contestó Joseph.

—No se servirá vino, Joseph, pero tenga a mano

la cajita de plata con cigarrillos. Para encenderle uno al coronel no frote el fósforo en la suela del zapato, frótelo en la caja.

—Sí, señora.

El intendente se soltó el chaqué, sacó el reloj, lo guardó y se volvió a abotonar el chaqué, pero demasiado arriba. Madame se le acercó y se lo abotonó correctamente.

—¿Qué hora es? —preguntó el médico.

—Las once menos cinco.

—Es gente puntual —replicó el médico—. Llegarán a la hora. ¿Quieren ustedes que me vaya?

El intendente se sobresaltó y rio suavemente.

—¿Si queremos que te vayas? No, no; quédate. Tengo un poco de miedo. —Y añadió en tono de disculpa—: Bueno, miedo, no; estoy un poco nervioso. Hace mucho tiempo que no nos conquistaban...

Se detuvo para escuchar. A lo lejos se oía una banda de música, una marcha. Madame, el intendente y el médico se volvieron para prestar atención.

—Ya vienen. Espero que no sean muchos. Este salón no es muy grande —dijo Madame.

—¿Preferiría usted disponer del Salón de los Espejos de Versalles? —replicó irónicamente el médico.

Madame se mordió los labios, dirigió una mirada a su alrededor y musitó: «Es un salón muy pe-

queño». En su imaginación estaba ya colocando a los conquistadores.

La música subió un poco y luego fue extinguiéndose. Llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién puede ser? Joseph, sea quien sea, dígame que venga más tarde. Estamos ocupados —dijo Madame.

Volvieron a llamar. Joseph se acercó a la puerta, la entreabrió y acabó por abrirla un poco más. En el umbral apareció una silueta gris, con casco y manoplas:

—El coronel Lanser saluda a su excelencia y le ruega que lo reciba.

Joseph abrió la puerta de par en par. El soldado entró, recorrió rápidamente el salón con la mirada y se apartó:

—El coronel Lanser.

En el salón entró otro soldado con casco. Sólo en las hombreras se le conocía la graduación. Detrás de él entró un hombrecillo vestido de negro. El coronel —hombre de cierta edad, pelo gris, expresión dura y cara de cansado— tenía las espaldas cuadradas propias de los hombres de armas, pero a sus ojos les faltaba la inexpresividad que suelen tener los del soldado. El hombrecillo vestido de negro era calvo y sonrosado, con unos ojitos negros y una boca sensual.

El coronel se quitó el casco y esbozó un rápido saludo de cabeza: «¡Excelencia!». Después saludó a Madame: «¡Madame!», y añadió:

—Haga el favor de cerrar la puerta, cabo.

Joseph se apresuró a cerrarla y miró con aire de triunfo al cabo.

El coronel preguntó con la mirada quién era el médico. El intendente lo presentó:

—El doctor Winter.

—¿Tiene algún cargo?

—Es el médico del pueblo, y podría decir que su historiador.

El coronel le dirigió un leve saludo:

—No quisiera ser impertinente, doctor, pero en su historia va a haber quizás una página...

—Quizá muchas —replicó el médico sonriendo.

El coronel se volvió ligeramente hacia su acompañante:

—Creo que conoce usted al señor Corell.

—¿A George Corell? Ya lo creo que lo conozco. ¿Qué tal está usted, George? —exclamó el intendente. El médico lo interrumpió bruscamente para decir en tono solemne:

—Excelencia: nuestro amigo George Corell preparó la invasión al pueblo. Nuestro bienhechor George Corell ha alejado del pueblo a nuestros sol-

dados. George Corell, a quien hemos sentado frecuentemente a nuestra mesa, había hecho una lista de todas las armas que había en el pueblo. Ése es nuestro amigo George Corell.

—Trabajo en pro de mis ideas y creo que es un trabajo honrado —replicó Corell, indignado.

Con la boca abierta, lleno de perplejidad, el intendente miraba tan pronto al médico como a Corell.

—¡No es verdad, George! ¡No puede ser verdad! Ha comido usted en mi casa, ha bebido oporto conmigo, me ha ayudado a proyectar el hospital. ¡No puede ser verdad!

Y al decirlo lo miraba fijamente, mientras Corell le devolvía una mirada de desafío. Hubo un largo silencio. El intendente se volvió hacia el coronel. Su cara había adquirido una expresión dura y solemne. Su postura era rígida.

—No quiero hablar en presencia de este caballero.

—Tengo derecho a estar aquí —replicó Corell—. Soy un soldado, como los demás. La diferencia está en que no visto uniforme.

—No quiero hablar en presencia de este caballero —replicó el intendente.

—Señor Corell, ¿quiere usted hacer el favor de dejarnos solos? —preguntó el coronel.

—Tengo derecho a estar aquí —contestó Corell.



—¿Quiere hacer el favor de dejarnos? —le repitió con dureza el coronel—. ¿Tiene usted más categoría que yo?

—No, señor.

—Pues haga el favor de salir.

Corell dirigió una furiosa mirada al intendente, se volvió y salió del salón. El médico soltó una risa irónica y exclamó:

—Creo que con esto tengo para escribir un párrafo bastante bueno en mi historia.

El coronel fijó un momento la mirada en él, pero no replicó.

En aquel momento se abrió la otra puerta y apareció Annie, con su pelo pajizo, los ojos congestionados y cara de enojada.

—En la parte trasera hay tres soldados, Madame.

—No entrarán —dijo el coronel—. Es una simple medida de seguridad militar.

—Annie, si tiene que decirme algo, que venga Joseph a decírmelo —replicó Madame fríamente.

—Me ha parecido que querían entrar —dijo Annie—. Han olido el café.

—¡Annie!

—Sí, señora —contestó Annie retirándose.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el coronel—. Hace mucho tiempo que no dormimos.